

Más y mejor educación: debates, consensos y esfuerzos necesarios

Walter Wallach

En febrero de 2020 nuestro sistema educativo se preparaba para el inicio de un nuevo ciclo lectivo. Como todos los años, los sectores medios y urbanos de nuestra sociedad, hacia mediados de mes finalizaban sus vacaciones para prepararse para el inicio de clases: estudiar para algún examen pendiente, hacer alguna compra o, simplemente, estar ansiosos por conocer a la maestra que tocaría este año o saber si había nuevas compañeras y compañeros.

Para los sectores de menor poder adquisitivo, las rutinas eran otras: “¿Con quien se quedará el bebé cuando la del medio arranque las clases?” “¿Habrán vacante para la de dos este año?” “¿Habrán arreglado el techo de la escuela o seguirá entrando agua con cada lluvia?”.

Las y los maestros y profesores también esperaban un nuevo inicio de clases con sus propias preocupaciones: “¿Se podrán acomodar esta vez mejor los horarios para poder tener esas dos horas más en la misma escuela donde igual voy dos veces por semana?” “¿Me juego y dejo las horas de la noche, así puedo pasar más tiempo en casa?” “¿Cómo cerrará la paritaria?”.

La universidad argentina también se preparaba para un nuevo año académico, tanto las y los estudiantes *a tiempo completo*, recién salidos de la escuela secundaria, que echarían a rodar sus sueños de *qué ser cuando seas grande*, como quienes volverían a intentarlo o a quienes les había llegado por fin una oportunidad –entre trabajo, pañales, cacerolas, alquileres y demases– en este cuatrimestre, de poder hacer por fin más de una materia.

Esa era la *normalidad* en aquel febrero previo al estallido de la pandemia. Una normalidad estructuralmente heterogénea y desigual. Una normalidad injusta. A esa normalidad llegó la pandemia. De esa normalidad venimos. ¿A esa normalidad volvemos? Hay quienes tempranamente pronosticaron un mundo mejor. Que la angustia por lo desconocido que enfrentábamos despertaría el compromiso de las sociedades con Estados presentes que aseguraran un piso de condiciones de vida para todos y todas. Sin embargo, dos años de distintos niveles de confinamiento y encierro, de suspensión o deterioro de los derechos y servicios básicos de la sociedad, entre ellos la educación, naturalmente han incrementado la brecha entre sectores sociales y la desigualdad ha crecido a rangos insoportables.

A la batalla contra la desigualdad y por la mejora en la distribución de los ingresos, que era parte constitutiva de la *normalidad*, se le suma ahora la nueva desigualdad producida por una pandemia que arrasó con el trabajo, la salud y la educación de nuestro pueblo.

La educación está llamada a ocupar un lugar importante en esta batalla. No porque todo lo pueda ni mucho menos. No por una mirada ingenua, sino por el realismo de creer en la educación como tránsito, como transición, como movimiento, y por asignarle un poder a estos conceptos.

La educación es tránsito entre lo que no se sabe y el conocimiento, en una época donde el conocimiento es central para el desarrollo. La economía del conocimiento no es otra cosa que la expresión material de un mundo que tiene en el saber uno de sus pilares fundamentales. El saber es un bien de la economía porque agrega valor. Distribuirlo es un acto de justicia.

La educación es transición entre pasado y futuro, porque está permanentemente construyendo presente. El presente de la educación modifica el futuro hasta en su pasado. El pasado de cada persona está fuertemente impactado por las huellas que hayan generado los presentes educativos. Cada paso por el sistema educativo, a pie o a contrapié, constituye pasados que en el futuro se vuelven difíciles de modificar.

La educación es movimiento social porque es una de las principales explicaciones del empleo y sus condiciones. Todos los estudios muestran una correlación entre años de estudio y condiciones materiales de vida. Acceso a más y mejor educación es acceso a más y mejor trabajo.

La normalidad de la que venimos tenía poco de natural. La historia que estamos transitando lo tiene menos aún, y si la pandemia y sus consecuencias han vuelto más injusta la realidad que vivimos, la educación deberá ser parte del tránsito a una mejor distribución de la riqueza y a una mejora en las condiciones de vida de nuestro pueblo.

La primera responsabilidad de una política educativa comprometida con la justicia social es que niñas y niños, adolescentes y jóvenes estén más tiempo en un mejor sistema educativo. Más horas y más años. En mejores escuelas con mejor enseñanza. Eso requiere de grandes esfuerzos de la sociedad en su conjunto. No es de ninguna manera una cuestión meramente declamatoria. No se logra con buenas intenciones solamente. Requiere grandes inversiones de dinero y de talento de nuestra sociedad.

No se puede estar de acuerdo con que los chicos y las chicas puedan ir al nivel inicial desde lo más temprano que cada familia desee si no se construye la infraestructura para que todos tengan sus vacantes. Es simple creer que la escuela primaria debe ser de jornada completa (como la escuela privada, a la que mayoritariamente asisten los sectores medios urbanos, al menos de la Ciudad de Buenos Aires), sin hacer la cuenta del capital necesario y tomar las decisiones que la puedan materializar. Una escuela secundaria que contribuya al crecimiento de los jóvenes, a las posibilidades de desarrollo y de sus condiciones de empleabilidad requiere aumentar las horas de clase, aumentar las horas de profesores y profesoras en sus escuelas, que conformen equipos de trabajo; incorporar tecnología de forma masiva; consolidar la enseñanza de segundas lenguas; profundizar la articulación con el mundo del trabajo. Cada una de las transformaciones necesarias tiene inversiones asociadas.

Hoy es la educación superior la garantía de generar las condiciones de acceso a los empleos que el desarrollo económico y social de nuestro país necesita. Eso requiere *universidades por todos lados*, además de programas de formación profesional y todo tipo de acciones formativas para la producción y el trabajo.

La universalización del acceso, la permanencia y el egreso en cada uno de los niveles del sistema, la pertinencia y significatividad de los contenidos que se trabajan en la escuela, la incorporación de las tecnologías que la sociedad valora para su desarrollo, la articulación con el mundo del trabajo y el desarrollo de nuevas metodologías de enseñanza son acuerdos básicos de una sociedad que se proyecta hacia la construcción de un futuro más justo, de una normalidad en la que las grandes mayorías puedan ser más felices.

Esta hoja de ruta de las transformaciones necesarias en la educación para el desarrollo de nuestro país tiene oposición solo en los sectores más conservadores de la sociedad: aquellos que quieren ver al país como un mero exportador de sus recursos naturales, sin valor agregado ni trabajo para nuestro pueblo; aquellos que consideran que no es necesaria la educación de las grandes mayorías, porque hay diferencias que ni la biología podría explicar.

Tan obvio como que con dinero solo no alcanza para transformar la educación, es que sin dinero es imposible. Ese dinero es *gasto público* en el mejor sentido de la palabra. Es una inversión que el conjunto de la sociedad debe hacer para construir un futuro mejor. Como en todos los esfuerzos, se espera más de aquellos que más tienen, porque no hay desarrollo sin educación, no hay educación sin inversión, no hay inversión sin esfuerzo.

Con quienes creen en la igualdad de oportunidades, en un modelo de desarrollo productivo, en la importancia de la educación para lograr estos fines, la diferencia no está en la hoja de ruta, donde solo puede haber matices, sino en la dimensión de los esfuerzos que se tienen que hacer y en el reparto de la carga. Ahí radica uno de los ejes centrales de debate de la política educativa: ¿a través de qué esfuerzos podremos alcanzar los objetivos que nos proponemos? Si generamos consenso en torno a esa pregunta acerca de la naturaleza del esfuerzo y sus protagonistas, será más simple el camino. Ahí cobrarán sentido discusiones acerca de métodos de enseñanza y contenidos, de los formatos escolares e, incluso, de la mejor forma de valorar el mérito y esfuerzo de las y los estudiantes.

